

cargo, de parte de la Junta Metodista para la Cristianización de los Infieles y Paganos, de ir a catequizar a los bellos salvajes de las Islas de los Amigos. El nóvel reverendo estaba encantado. Era joven; era sentimental; rezongaba su hebreo, mascaba su griego, tragaba gordo su latín, gangoseaba su inglés. El muchacho no había perdido su tiempo (no había berdido su diembo, dice el sirio libanés).

«¡Islas de los Amigos!», se decía a sí mismo el reverendo míster Domas Dómlinson, y un éxtasis se apoderaba de él, lo más éxtasis y lo más apoderador que es posible en un nordeamerigano. El nombre le encantaba, el nombre de las islas lejanas adonde llevaría la palabra de Dios. Comenzaría, pensaba, por explicarles a los «nativos» toda la elevada significación que tiene ese nombre. Despertaría en ellos el sentimiento patriótico (desberdaría en ellos, dice el sirio libanés, el sendimiento badriódigo), y remataría la primera parte de su obra haciéndoles gombrender el brimer gabídulo (dice el sirio libanés) del evangelio según San Juan. Por allí comienza todo buen misionero protestante. Ya se imaginaba el simbádigo míster Dómlison las darjedas bosdales que les enviaría a sus andiguos gombaños de Seminario Deológico, gondándoles las gonversiones que haría (dice el sirio libanés). Y a la vez que eso, se informaba por medio del Departamento de Estado norteamericano del clima de las islas y se armaba de ropa Palm-Beach, de hulados Goodyear, y de un casco de lino.

Endre sus efgdos bersonales (dice el sirio libanés) el reverendo míster llevaba un reloj desberdador que le engandó al jefe de la dribu que se lo almorzó una noche de baile dribal allá por el mes de diciembre. El jefe de la tribu, tras de comulgarse con su gente al nuevo amigo, se colgó al cuello el reloj desberdador (dice el sirio libanés) y no se lo quitaba ni para dormir. El reloj, desde luego, dejó de marchar. Se había parado, como es gosdumbre en los relojes de brobiedad bardigular (dice el sirio libanés) a la hora precisa en que el sacerdote de la tribu caníbal hundía en el corazón del misionero la cuchilla ritual de fúnebre obsidiana. El reloj tenía larga historia.

Con llevarlo al cuello el salvaje, se creía igual al civilizado de sabrosa memoria que lo había poseído. No se lo guidaba ni bara dormir (dice el sirio libanés). El reloj no marchaba. ¡Claro, le faltaba cuerda! Pero de vez en cuando, en las grandes ocasiones, el jefe de la tribu sacudía violentamente el reloj y permitía que la nueva esposa oyese asombrada el efímero tic-tac, tic-tac; (dig-dag, dig-dag, dice el sirio libanés)

El cuchillo de obsidiana lo vendía muy caro. Compré el reloj. No sirve para nada. Lo guardo porque es memorial perenne para mí de la Educación Pública costarricense. Sin habernos comido a nadie—¡conste!—somos, sin embargo, el salvaje del cuento de mi turco favorito. Tenemos Escuela Normal, tenemos Colegio Superior de Señoritas, tenemos

Instituto de Alajuela, tenemos Liceo. El túbile que llamó a esta última institución *Licheo*, la describió admirablemente. Los italianos merecen artículo por separado. Todo italiano es un genio, y los hay para el bien, y los hay para el mal. Para que al reloj no le faltara pieza, los colegios particulares se multiplican. Y no hay que hablar de las escuelas primarias. Llevamos al cuello el reloj despertador, y no nos lo quitamos jamás, y estamos orgullósísimos de la prenda, y

nos creemos, por llevarla, civilizados. Pero el reloj no marcha. ¡Claro, le falta cuerda! Ministro va y ministro viene: son las grandes ocasiones: le da una sacudida al reloj cada nuevo gran funcionario y ¡oh júbilo! extasía al país haciéndole oír el efímero dig-dag, dig-dag.

Y no sé si sea ingenuidad o ironía la de este complicado Don Joaquín García Monge al tener en *Repertorio*, para los maestros del país, una sección en la que pregunta *¿Qué hora es...?*

## Persiles

Heredia, Mayo, 1931.

### El dueño y señor...

(Viene de la página 300.)

—Si Stalin vence en su proyecto de los cinco años de industrialización...

Pero Stalin no ha comentado en parte alguna estas cosas ni se sabe su pensamiento acerca del futuro.

Rusia es hoy el enigma escrito sobre los destinos de la humanidad.

Imaginad que allí hay jóvenes de 23 y 25 años que no conocen más mundo que el que les rodea, ni más instituciones que las bolcheviques, ni más principios filosóficos y morales que los que han aprendido en las escuelas soviéticas. Alguien ha dicho que la cultura universal está amenazada de muerte. Otros esperan la revaluación tan anhelada por los parias del continente occidental y por las víctimas de los colonizadores europeos, pero nadie acierta a definir lo que un día ha de venir de la estepa enigmática y reconcentrada. Por que mientras el marxismo exteriorizó sus ideas con una fracasada propaganda que Stalin abolió de una plumada, el mundo podía saber más o menos sus intenciones y criticar sus reales o supuestos delitos; pero hoy que Rusia se ha encerrado en sus fronteras, y que nadie, a excepción de los rusos rojos conoce lo que allí se adelanta, la Europa y el mundo entero se sienten más inquietos que nunca, con esta paz de estancamiento.

Aguas represadas, diques que un día se han de romper, son para la mayoría de los buenos estadistas estas fronteras rusas cerradas para los de fuera, y permitidas únicamente para unos pocos de los que están dentro de esa inmensa región del globo terrestre, en donde todavía se pueden hallar animales prehistóricos, jamás vistos por ojos humanos, y tierras cubiertas de bosques por sobre las cuales navegó el Graf Zeppelin a razón de cien kilómetros por hora durante tres días.

¿Pero, que será de la humanidad si un día, esa gente que no conoce más seres racionales que sus compatriotas, ni más doctrinas que las soviéticas, se sale de las fronteras y avanza sobre los Dardanelos y sobre el Báltico?

Si todos los de este lado estuviesen como están ellos, se podría creer que la fuerzas se igualarían, pero lejos de eso, en Europa, los sin trabajo, y los haraganes les aguar-

dan como una salvación. Vendría la pérfida asechanza, la estocada por la espalda, en nombre de un falso ideal de redención.

Por fortuna para la república, esta forma de gobierno será por muchos años y centurias, de ellos la única aceptable para los hombres de buena voluntad. Stalin mismo es un republicano que no puede romper sus vestiduras bolcheviques, para evitar el caos en el mundo entero.

Su posición es francamente centrista, como la de la mayoría de los gobiernos estables en la época actual de la humanidad.

Hijo de un zapatero de Tiflis, de él no se sabía nada hasta 1924, en que se le vió al lado de Lenine. Su vida de joven la pasó en el seminario de aquella ciudad, bajo la dirección de un sacerdote jesuita que había apostatado y se había pasado al rito de la iglesia cristiana griega. Y su ideal en materias políticas, ha sido desde entonces San Ignacio de Loyola.

Para Stalin, las doctrina del gran apóstol de la España combativa han sido la norma que lo ha guiado en su empresa de revolucionario y de caudillo de un pueblo en marcha hacia un destino desconocido por todos, menos por él, que sabe lo que piensa y lo que desea, pero que a nadie se lo confía.

Luchador contra el zarismo, jamás abandonó la patria para vivir como proscrito. Cuando caía en poder de la justicia, su recurso era la fuga, o la sumisión a la condena. Pero jamás salió de su centro de operaciones y de lucha. Hasta en eso ve el pueblo ruso su diferencia con todos los caudillos. No conoce un país extranjero, no sabe más que lo que con su pueblo se relaciona, no piensa jamás en las instituciones de los otros pueblos, y su sola aspiración, es el bienestar y el porvenir de su patria.

Quien diga que ha podido hablar con él como compañero o como amigo, ha falseado la verdad. Quizá los diplomáticos acreditados ante su gobierno le han visto pasar a lo largo de las avenidas en las grandes revistas militares, durante las fechas clásicas de la revolución, o en los aniversarios de la muerte de Lenine. Es posible que con él hayan cambiado amables palabras de campesino bonachón, pero nadie puede